



La zona sagrada, la zona de contacto y la zona de guerra en narrativas de Laura Santullo y Claudia Piñeiro*

Felipe Diogo de Oliveira¹
Universidade Federal do Rio de Janeiro
f.diogoletras@ufrj.br

Resumen: Rodeando a las grandes metrópolis donde proliferan los barrios deteriorados de las clases populares, incentivadas por lo que Zygmunt *Bauman* denomina “mixofobia”, proliferan las nuevas urbanizaciones cerradas (los llamados *country clubs* o barrios privados), que surgen como respuestas al imaginario construido por una prensa que dramatiza cotidianamente la inseguridad. Esas versiones periféricas de las *gated communities* norteamericanas, como La Zona y Altos de La Cascada, se presentan como soluciones ante el deseo de convivir sólo con los iguales y dejar del otro lado de lado del muro la inseguridad. Cada condominio es una ciudad modelo, autosuficiente, hermosa y segura, verdadera “isla urbana”, según la definición de Josefina Ludmer (2010). Afuera, sin embargo, está la otredad desconocida en las villas de miseria y los barrios pobres vistos como una potencial fuerza de invasión que puede tomar y macular el mundo perfecto. Los muros hechos de odio y miedo tal vez no resistan a las presiones que se muestran más complejas que la utopía de la anti-ciudad. Así puesto, esta ponencia trae una reflexión comparatista acerca de cómo están construidas las representaciones de la otredad amenazadora y del mismo “yo” que habla en dos obras contemporáneas: el cuento “La Zona” (Laura Santullo) y el libro *Las Viudas de los Jueves* (Claudia Piñeiro).

Palabras clave: Islas urbanas - Otredades - Claudia Piñeiro - Laura Santullo

Abstract: Around the great metropolises, really close to the popular neighborhoods, encouraged by what Zygmunt Bauman calls “mixophobia”, proliferates a new kind of urbanization: the self-called *country clubs*. These places appear as a solution for the imaginary built for the media that daily dramatize the lack of security. These peripheral versions of American gated communities like The Zone and Altos de La Cascada, are presented as solutions to the desire of living only among peers and also leaving insecurity to the other side of the wall. Each gated community is a model city, self-sufficient, beautiful and safe, a true “urban island”, as defined by Josefina Ludmer (2010) in *Aquí América Latina*. Outside, however, there is the unknown otherness in

* Les doy las gracias a Ary Pimentel y a Livia Souza por la lectura atenta de este trabajo y por las preciosas sugerencias hechas. Los equívocos remanecientes son, por supuesto, de mi entera y total responsabilidad.

¹ **Felipe Diogo de Oliveira** es licenciado en Letras (Portugués/Español) por la Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ). Actualmente, cursa Maestría en Letras en la misma institución.



shantytowns and slums, places that are seen as a potential invasion force that are able to threaten and destroy this perfect world. These walls made of hate and fear may not resist the pressures that are more complex than the anti-utopian city. Thus, this paper brings a comparative reflection about how representations are constructed threatening otherness and the same "I" who speaks in two contemporary works: the short story "La Zona" (Laura Santullo) and the book *Las viudas de los jueves* (Claudia Piñeiro).

Keywords: urban islands - otherness - Claudia Piñeiro - Laura Santullo

1. Las Zonas Sagradas: La Zona y Los Altos de la Cascada

La Zona y Los Altos de la Cascada (o sólo La Cascada) son concretamente zonas sagradas, insertadas en centros urbanos heterogéneos. Muros llenos de odio, fabricados "con ladrillos y con argamasa de cal y miedo" (Santullo 200455), esos dos ejemplos de barrios cerrados son intentos de excluir de la convivencia cotidiana el elemento más problemático: la otredad.

Así que ciudadanos a quienes les molesta la diversidad promueven espacios de auto segregación socio espacial. A través de ellos, los barrios cerrados rechazan la heterogeneidad y las mezclas propias del espacio urbano e intentan volver a un escenario pre-moderno, es decir, a la ordenación bipolar del espacio de la urbe. En un esquema sencillo, se rechaza a la otredad, poniéndola afuera de los muros, mientras que un grupo de iguales se mueve libre y despreocupadamente en el espacio interno. A ese rechazo a la mezcla social, Bauman (2006) se lo llama "mixofobia":

A falta de una solución radical [para con la mixofobia, "una reacción previsible y generalizada ante la inconcebible, escalofriante y angustiada variedad de tipos humanos y costumbres que coexisten en las calles de las ciudades contemporáneas y en sus barrios más corrientes"], tal vez sería posible que cada uno obtuviera, para sí mismo y para los suyos, como también para sus semejantes, un territorio libre de la confusión y el desorden de que adolecen irremediabilmente otras partes de la ciudad. La mixofobia se manifiesta por la tendencia a buscar islas de semejanza e igualdad en medio del mar de la diversidad y la diferencia. (33)

Esas islas urbanas (Ludmer 2010 131) les dan a los habitantes la



tranquilidad necesaria para una vida sin los incómodos que provienen de la mezcla urbana. Cada barrio cerrado tiene fuerte esquema de seguridad, con control rígido de los que entran y salen. Los transeúntes son vigilados las 24 horas del día por cámaras de seguridad. No es necesario siquiera cruzar los muros para disfrutar de algunos servicios, ya que los condominios cuentan con gimnasios, escuelas, algunas tiendas, etc. Además, la naturaleza está manejada para darles a los habitantes la ilusión de no estar apartados de la naturaleza: los jardines están hechos con flores que huelen bien, las casas del condominio están separadas por cercas vivas, para dar la impresión de naturalidad. Los cables de internet, teléfono y televisión corren por debajo de las calles.

En resumen, estamos delante de dos ejemplos representativos de islas urbanas. Verdaderas burbujas urbanas pensadas para la eficaz exclusión de la otredad – que no traspasa los límites de los alambrados de los *country*s – y para la co-habitación placentera de iguales que se re-conocen y se respetan mutuamente. Tenemos islas urbanas que demarcan fuertemente la oposición La Cascada–Sta. María de Los Tigrecitos y La Zona–urbe exterior. En sintonía con este abordaje, Josefina Ludmer (2010) define la isla urbana como:

un régimen territorial de significación (pone cuerpos en relación con territorios, fija posiciones y traza movimientos) y una máquina neutralizadora de lo social, que opera por irrupciones de “la naturaleza humana” o, simplemente, de “la naturaleza”. El régimen de la isla incluye cuerpos animales y humanos, de cualquier clase social (132)

2. La Zona de Contacto: el sótano y los perros

“La isla es un mundo con reglas, leyes y sujetos específicos” (Ludmer 2010 131). Pero pese a tener límites fuertemente definidos por los muros, el contacto entre el dentro (el “yo”) y el afuera (el elemento extranjero, la otredad) no es improbable y podemos decir que ocurre todos los días.

En el cuento La Zona, tres ladrones se aprovechan de una falla en la protección de una casa lindante con el muro exterior del barrio cerrado y lo

invaden para asaltarla. En el saqueo, matan a una anciana dueña de la casa. Uno de los ladrones intenta huir de La Zona y es asesinado al saltar el muro. El segundo, la policía del condominio lo mata, de acuerdo con el *ethos* interno propio del condominio. El último huye de la escena del crimen y se esconde dentro de los límites del barrio cerrado.

La situación se convierte en un grave impase para los vecinos mixófobos. Quedan entonces problemas a arreglar. Primero: eliminar el elemento impuro que ahora ha invadido el espacio de circulación del “yo” Segundo: ¿cómo atraparlo y devolver la pureza al cuerpo social? Y tercero: ¿cómo mantener la tranquilidad, si sabemos que nuestro espacio fue invadido por una otredad desconocida, por un enemigo, por uno de los de afuera? La Zona sagrada había sido violada y con eso se evidencia la fragilidad de los límites de protección.

Delante de ese cuadro de incertidumbre, se desarrollan especulaciones sobre la identidad de ese *alther* violador:

Todos y cada uno de mis amigos poseían una teoría y una estrategia para cazar al ladrón. Abundaban las propuestas de mecanismos crueles para obtener una confesión, planes infalibles para obligarlo a entregarse.(Santullo 2004 57)

“El individuo, quien seguramente estaría armado, iba a resistirse con violencia, lo que sin duda facilitaría moralmente las cosas” (Santullo 2004 58-59). He hecho un análisis de los sintagmas nominales utilizados para referirse a la alteridad en el cuento. He aquí el resultado:

SINTAGMA NOMINAL	CANTIDAD DE VECES
Ladrón	21
Enemigo	3
Muchacho	2
Delincuente	2



Animal	2
Cadáver	2
Intruso	1
Individuo	1
Basura	1
Criminal	1
Ese ser	1

Tabla 1: Cantidad bruta de Sintagmas Nominales para referirse a la otredad

Tomemos en cuenta que el narrador del cuento es un joven de 16 años y es él quien tiene contacto con el ladrón. Lo que pasa, por lo tanto, es que utiliza en su discurso sintagmas más neutrales, como *ladrón* y *muchacho*, mientras que sintagmas más explicadores del lugar de habla de los vecinos del barrio cerrado, tales como *enemigo* y *delincuente*, aparecen en la boca de los demás, que justifican la caza a través del énfasis al peligro de lo impuro construido a través del discurso.

En La Zona, se percibe el choque del yo con la otredad que desordena la realidad. Todo se mezcla. “En el interior de la isla ya no se oponen urbano y rural, humano y lo animal; el régimen borra esas diferencias porque los mezcla y los superpone y fusiona”. (Ludmer 2010 132).

En el capítulo 33 de la obra de Claudia Piñeiro podemos ver que perros cimarrones invaden el espacio de La Cascada, a principios del 2001 (año símbolo de la gran crisis financiera que asoló Argentina). Se forma la distinción entre los perros de raza – que bajo una serie de medidas y procedimientos tienen el efecto de su instinto reducido, lo que promueve el convivio armónico dentro del barrio con los habitantes – y los cimarrones – nadie sabe siquiera de dónde viene el término “cimarrones”, sólo se sabe que éstos vienen de afuera de los muros. Es decir, los perros de raza son una proyección de sus dueños (los condóminos), mientras que los cimarrones son una proyección de la imagen construida del elemento extranjero (la otredad de afuera de los muros).

Ambos encuentros con la otredad se dan en espacios o situaciones de lo

bajo. El narrador de Santullo encuentra al ladrón en el sótano húmedo y olvidado de su casa. Al azar se ve delante de un ser sin identidad inmediata, recluso en un rincón oscuro. Su identidad sólo se la muestra al lector al final del cuento, cuando el narrador lleva su cadáver a un pequeño cementerio, tras morir porque los condóminos le pegan hasta la muerte – dos situaciones de lo bajo.

En Piñeiro, la diferenciación se da entre perros de raza y los cimarrones, animales cuadrúpedes que violan la isla por la comida que encontraban en la basura. E ingresan en la isla por debajo de las barreras de la puerta de acceso. Incluso se puede percibir que los de raza defecan más duro porque comen alimento balanceado y de mejor calidad, y no restos de basura como los cimarrones. Se percibe, por lo tanto, que lo bajo es el elemento que une y conecta la otredad en las dos islas. Es a través de lo bajo que las otredades se desdiferencian (Ludmer 2010 133).

3. La Zona de Guerra: suprimiendo la configuración mixófoba

La guerra está decretada: en lo bajo, los actores sociales luchan, se reconocen, se definen mixófobos, se niegan pero, inevitablemente, al fin se hunden en una sola composición. En La Zona, el narrador al reconocer al ladrón en su sótano, lucha violentamente contra él. Pero ya antes de comenzar a luchar da muestra de que el destino es fusionarse con su otredad: “Creo que grité al verlo o tal vez fue él quien gritó” (Santullo 2004 59). El informe impreso de La Cascada muestra con imprenta mayúscula el grave problema y la situación de guerra instaurada contra los cimarrones:

A pesar de los esfuerzos del personal de seguridad, los perros cimarrones son prácticamente imposibles de atrapar. Se movilizan en grupo, y ante la presencia del agente se escapan a gran velocidad. No se pudo determinar aún cómo se introducen dentro del ejido del barrio. Dado que no se ha encontrado pozo alguno ni alambrado averiado a lo largo del perímetro, se estima que los perros han entrado por la puerta de acceso al público general, por debajo de las barreras (Piñeiro 2007 178-179)



Tapar la basura es la solución más tranquilizadora para los condóminos, pero no la definitiva. Los muros de La Cascada no son inmunes a la otredad. Y tampoco los de La Zona, que son violados por sujetos que representan la otredad (los ladrones).

4. Conclusión

Santullo y Piñero muestran la falla de proyectos mixófobos de reconstrucción de lournalo negado por ellos. En la post-modernidad, no hay espacio para burbujas urbanas: todo y todos se mezclan y se hunden en los espacios de las grandes ciudades. Siquiera los muros de ladrillo y argamasa de cal y miedo pueden contener esa configuración urbana *des-diferenciada* y calidoscópica. Esa es la crisis del mundo de las islas de iguales.

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt. *Confianza y temor en la ciudad*. Barcelona: Arcadia, 2006.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América Latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- Piñero, Claudia. *As viúvas das quintas-feiras*. Tradução Joana Angélica d'Ávila Melo. Rio de Janeiro: Objetiva, 2007.
- Santullo, Laura. La Zona. In: _ _ _. *El otro lado*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2004, pp. 55-68.